



Ediciones de la Universidad
de Castilla-La Mancha

Cómo afrontar una catástrofe

Percepción de riesgo y factores
psicosociales de la adaptación

Edición preparada por:
Pablo Olivos Jara, Óscar Navarro Carrascal, Ana Loureiro

167

colección
estudios

**CÓMO AFRONTAR
UNA CATÁSTROFE**
**Percepción de riesgo
y factores psicosociales
de la adaptación**

**CÓMO AFRONTAR
UNA CATÁSTROFE**
**Percepción de riesgo
y factores psicosociales
de la adaptación**

Editores:

Pablo Olivos Jara
Oscar Navarro Carrascal
Ana Loureiro



Ediciones de la Universidad
de Castilla-La Mancha

Cuenca, 2020

Cómo afrontar una catástrofe: Percepción de riesgo y factores psicosociales de la adaptación / Edición preparada por Pablo Olivos Jara, Óscar Navarro Carrascal, Ana Loureiro.– Cuenca : Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2020

224 p. ; 24 cm.– (Estudios ; 167)

ISBN 978-84-9044-364-4

1. Víctimas de catástrofes – Orientación psicológica I. Olivos Jara, Pablo ed lit. II. Navarro Carrascal, Óscar, ed lit. III. Loureiro, Ana, ed lit. IV. Universidad de Castilla-La Mancha, ed. V. Título VI. Serie

159.9

364.442.24-058.66

JMQ

JMH

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación solo puede ser realizada con la autorización de EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

- © de los textos e imágenes: sus autores.
- © de la edición: Universidad de Castilla-La Mancha.

Edita: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha

Colección ESTUDIOS n.º 167

Los contenidos de este libro han sido sometidos a evaluación por pares ciegos, lo que garantiza la calidad de sus contenido y las buenas prácticas editoriales.

Diseño de la colección y de la cubierta:
C.I.D.I. (Universidad de Castilla-La Mancha)

Foto de cubierta: Photo by Luis Galvez on Unsplash



Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

I.S.B.N.: 978-84-9044-364-4 (Edición impresa)

DOI.: http://dx.doi.org/10.18239/est_167.2020.00 (Edición electrónica)

D.L.: CU 41-2020

Composición: Compobell

Impresión: Compobell

Hecho en España (U.E.) – *Made in Spain (E.U.)*

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
<i>Francisco Sáez Martínez</i>	
EDITORES	11
AUTORES	13
INTRODUCCIÓN. LA PERSPECTIVA PSICOSOCIAL DEL RIESGO Y LAS CATÁSTROFES .	19
<i>Juan Ignacio Aragonés</i>	
CAPÍTULO 1. EL PSICÓLOGO EN EL CAMPO DE DESASTRES: FORMACIÓN Y PRÁCTICA PROFESIONAL EN BRASIL	29
<i>Eveline Favero, Luciana Miguel Gonçalves Ignácio y Jorge Castellá Sarriera</i>	
CAPÍTULO 2. TERREMOTO Y TSUNAMI: EXPOSICIÓN, PERCEPCIÓN DE RIESGO Y COMPORTAMIENTO FRENTE AL RIESGO EN SETÚBAL-PORTUGAL	47
<i>Ana Loureiro</i>	
CAPÍTULO 3. PERCEPCIÓN DEL RIESGO Y ESTRATEGIAS DE AFRONTAMIENTO EN POBLACIÓN EXPUESTA A INUNDACIÓN EN ANTIOQUIA, COLOMBIA	61
<i>Luz Adriana Muñoz-Duque y Oscar Navarro Carrascal</i>	

CAPÍTULO 4. APEGO AL LUGAR EN UNA LOCALIDAD ALCANZADA POR DESASTRES NATURALES: UN ESTUDIO EXPLORATORIO	91
<i>Roberta Borghetti Alves y Ariane Kuhnen</i>	
CAPÍTULO 5. IMPACTO SOBRE LA VISIÓN DEL MUNDO, LOS OTROS Y DE SÍ MISMO EN SUPERVIVIENTES DE CATÁSTROFES DE LA NATURALEZA	117
<i>Pablo Olivos-Jara, Francisco José Eiroa-Orosa, Pau Pérez-Sales, María Vergara y Elena Barbero-Val</i>	
CAPÍTULO 6. VÍNCULOS DESPLAZADOS POR DESASTRES EN CHILE	137
<i>Héctor Berroeta T., Catalina Ramírez, Álvaro Ramoneda y Carlos Arrieta</i>	
CAPÍTULO 7. DESASTRES, SALUD MENTAL, GESTIÓN DE RIESGO Y PARTICIPACIÓN CIUDADANA EN CHILE.	157
<i>Margarita Loubat Oyarce y Irene Magaña Frade</i>	
CAPÍTULO 8. INTERVENCIÓN COMUNITARIA PARA LA GESTIÓN DE DESASTRES MEDIANTE UN MODELO DE INVESTIGACIÓN BASADO EN LA PARTICIPACIÓN DE LA COMUNIDAD	179
<i>Pamela Grandón Fernández, Sandra Saldivia Bórquez, Ximena Fernández Vicente, Rodrigo Mosto García, Alejandra Flores Zamora y Nathalie Navarro Rojas</i>	
CAPÍTULO 9. CATÁSTROFES, CONDUCTA COLECTIVA PROACTIVA Y ANTI SOCIAL: ESTADO DE LA CUESTIÓN Y COMENTARIOS AL CASO CHILENO	201
<i>Marcela Muratori, Darío Páez Rovira, Anna Włodarczyk, Pablo Olivos y Elena M. Zubieta</i>	

PRÓLOGO

FRANCISCO SÁEZ MARTÍNEZ
Director CYTEMA-UCLM

El origen antropogénico del cambio climático y los efectos del mismo sobre las catástrofes naturales es algo totalmente aceptado por la comunidad científica. Más del 97% de los estudios sobre el calentamiento global publicados en los últimos 20 años y que analizan sus causas señalan al hombre como el máximo responsable. El calentamiento global surge fundamentalmente por el aumento en las concentraciones de gases de efecto invernadero en la atmósfera fruto de la deforestación y de la quema de combustibles fósiles. El debate científico acerca del origen del cambio climático se zanjó hace años, no obstante, y debido a ciertos intereses económicos, todavía hay escépticos que eximen al hombre. Como indicaba el profesor de la Universidad de Castilla-La Mancha Manuel de Castro, miembro del Panel Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático –IPCC- en la lección inaugural del curso académico 2015/2016, el cambio climático es una teoría científica que se ha visto envuelta en un debate socio-político a escala global. A nivel científico, no hay discusión acerca de su origen, la discusión radica en cómo mitigar los efectos de un fenómeno tan complejo con éste y cuyas consecuencias pueden ser dramáticas.

El Campus de Excelencia Internacional de la Universidad de Castilla-La Mancha –CYTEMA- cuyas siglas se corresponden con Campus Científico y Tecnológico de la Energía y el Medio Ambiente tiene entre sus objetivos estratégicos el impulso de la docencia, la investigación y la transferencia de conocimiento en esos ámbitos del conocimiento y la innovación, a saber, la energía y el medio ambiente.

Con este objetivo, se promueve un enfoque multidisciplinar de la investigación que permita abordar y comprender fenómenos complejos como el cambio climático, sus causas, las posibles estrategias de respuesta y su incidencia sobre el desarrollo económico y la sostenibilidad.

En esta línea, el análisis desde las Ciencias Sociales de las implicaciones de los efectos que el cambio climático está provocando en nuestra sociedad se torna necesario y fundamental para comprender las consecuencias de este fenómeno. Así, la psicología ambiental, como interfaz entre la psicología y las ciencias ambientales, se presenta como un enfoque adecuado tanto para el estudio de los efectos de la conducta humana en el medio ambiente, como para analizar la influencia de este último en el comportamiento humano.

El presente libro constituye un importante avance en el campo del análisis de las catástrofes, desde el enfoque de la psicología ambiental. A lo largo de nueve capítulos, en cuya elaboración han participado una treintena de autores de ocho países diferentes, se recogen una serie de aportaciones inéditas al análisis de las catástrofes y a la percepción del riesgo y los factores psicosociales relacionados con la identidad social. Se trata de una selección de trabajos, algunos de cuyos resultados preliminares han sido expuestos en conferencias internacionales especializadas, como el XXXIV Congreso Interamericano de Psicología celebrado en 2013 en la ciudad de Brasilia, o el encuentro “Current Challenges of Environmental Psychology” celebrado en febrero de 2016 en la localidad francesa de Nimes y auspiciado por la Universidad de Nimes, la Asociación de Psicología Ambiental –PSCIAMB- y la Association pour la Recherche en Psychologie Environnementale –ARPEnv-.

Sin duda estamos ante una obra que contribuye al avance del conocimiento de los efectos provocados por los fenómenos medioambientales en el comportamiento humano, la percepción de riesgos, el impacto sobre la identidad, los asentamientos humanos y la gestión institucional. Animo a su lectura a todos aquellos preocupados por los efectos que el cambio climático está teniendo y puede tener sobre nuestra sociedad y, fundamentalmente, los profesionales interesados en información especializada sobre los factores psicosociales ligados a las catástrofes.

EDITORES

Pablo Olivos Jara

Facultad de Relaciones Laborales y Recursos Humanos de Albacete, Universidad de Castilla-La Mancha

Plaza de la Universidad 1. CP. 02071. Albacete, España.

Teléfono: +34 967599200, Ext. 2174

Email: pablo.olivos@uclm.es

Oscar Navarro Carrascal

Laboratoire de Psychologie des Pays de la Loire - EA 4638, Université de Nantes, BP 81227-44312, NANTES Cedex, France

Teléfono: (33) (0)2-53-52-26-30 - Bureau 146

E-mail: oscar.navarro@univ-nantes.fr

Ana Loureiro

Universidade Lusófona – EPCV; HEI-Lab

Campo Grande 376, 1749-024 Lisboa, Portugal

Teléfono: (351) 217515500, Ext 666

E-mail: ana.loureiro@ulusofona.pt

AUTORES

Alejandra Flores. Médico psiquiatra de adultos. Departamento de Psiquiatría y Salud Mental, Universidad de Concepción, Chile. E-mail: afloresz@udec.cl

Álvaro Ramoneda. Psicólogo, Universidad Autónoma de Madrid, Máster en Intervención y Gestión Ambiental, Universidad de Barcelona. Especializado en trabajo de espacios públicos desde un enfoque comunitario. Ha trabajado en investigación, implementación y gestión de proyectos y programas, desde iniciativas privadas, gobiernos locales y la academia. alvaro.ramoneda@gmail.com

Ana Loureiro. PhD en Psicología Social y Ambiental, ISCTE-IUL. Profesora en la Universidad Lusófona e investigadora en EPCV y HEI-Lab, Lisboa. Investiga procesos cognitivos con que las personas perciben los ambientes naturales y urbanos; los valores que motivan a los individuos; y predicción de comportamientos que impactan el medio ambiente. ana.loureiro@ulusofona.pt

Anna Wlodarczyk. Doctora en Psicología por la Universidad del País Vasco. Profesora asociada de la Escuela de Psicología de la Universidad Católica del Norte (Antofagasta, Chile). Sus principales áreas de investigación son la psicología social, intercultural, política y psicología positiva. anna.wlodarczyk@ucn.cl

Ariane Kuhnen. Psicóloga. Magister en Sociología Política y Doctora en Ciencias Humanas. Profesora del Departamento de Psicología y del Programa de Postgrado

en Psicología, de la Universidad Federal de Santa Catarina. Coordinadora del Laboratorio de Psicología Ambiental-LAPAM. ariane.kuhnen@ufsc.br

Catalina Ramírez. Psicóloga, Universidad de Costa Rica, Máster en Psicología mención Psicología Comunitaria, Universidad de Chile. Profesora de la Escuela de Psicología de la Universidad de Costa Rica y del Posgrado de Psicología. Coordinadora de la Maestría Profesional en Psicología Comunitaria. catramve@gmail.com

Carlos Arrieta. Psicólogo, Universidad de Costa Rica (UCR), Doctor en Psicología del Trabajo y de las Organizaciones, Universidad de Barcelona. Profesor e Investigador en los Posgrados en Psicología Comunitaria y Psicología del Trabajo en la Escuela de Psicología de la UCR. Miembro de la Red Latinoamericana de Formación en Psicología Comunitaria. clas14@gmail.com

Darío Páez Rovira. PhD en Psicología, Universidad de Lovaina, Bélgica. Sus temas de interés abarcan aspectos socioculturales y emocionales del cambio social y la salud, la identidad social y los métodos de investigación. Profesor Catedrático de Psicología Social, Director de Grupo Consolidado CCE, Universidad del País Vasco, España. www.ehu.es/pswparod. dario.paez@ehu.es

Elena Barbero-Val. Psicóloga especialista en psicología clínica. Máster en psicoterapia integradora. Formación en psicoterapia psicodramática (individual, pareja, familia y grupo). Trabaja en el centro San Juan de Dios en Madrid en un proyecto de acogida e integración de solicitantes y beneficiarios de protección internacional. elenabarberoval@gmail.com

Elena M. Zubieta. PhD en Psicología, Universidad del País Vasco, España. Profesora Adjunta Regular, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Investigadora Principal, del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET/UBA). Sus principales áreas de investigación son la psicología social, cultural y política. elenazubieta@hotmail.com

Eveline Favero. Psicóloga. Doctora y Post doctora en Psicología, Universidade Federal de Rio Grande del Sur, Brasil. Profesora Adjunta de Psicología, Universidad Estatal del Oeste de Paraná, Brasil. Investigadora del Centro Universitario de Estudios e Investigación sobre Desastres (CEPED-PR). evelinefavero@yahoo.com.br

Francisco José Eiroa-Orosa. Doctor Europeo en Psicología Clínica y Psiquiatría, UAB, España y Universidad de Hamburgo, Alemania. Investigador Marie

Skłodowska-Curie en las universidades de Barcelona y Yale analizando estrategias de concienciación y colaboración de usuarios y profesionales del ámbito de la salud mental. feiroa@ub.edu

Héctor Berroeta Torres. PhD en Espacio Público, Universidad de Barcelona, España. Investigador en temas de psicología comunitaria y ambiental, específicamente interesado en estudiar procesos socioespaciales en comunidades urbanas. Profesor Titular, Universidad de Valparaíso, Chile. hector.berroeta@uv.cl

Irene Magaña Frade. PhD en Psicología, Universidad París V, Francia. Sus áreas de investigación y publicaciones se asocian a la Salud Mental, la Subjetividad y la Psicología Política y Comunitaria. Académica de la Escuela de Psicología de la Universidad de Santiago de Chile. irene.magana@usach.cl

Jorge Castellá Sarriera. Psicólogo, professor adjunto do Programa de Pós-Graduação em Psicologia da Universidade Federal do Rio Grande do Sul (UFRGS). Coordinador del Grupo de Pesquisa em Psicologia Comunitária da UFRGS. jorgesarriera@gmail.com

Juan Ignacio Aragonés. Doctor en Psicología, Catedrático Facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid, en la que imparte Psicología Ambiental desde hace más de tres décadas. Presidente de PSICAMB. jiaragones@psi.ucm.es

Luciana Miguel Gonçalves Ignácio. Graduada en Psicología, Universidad Federal de Río Grande del Sur, Brasil. Especialista en Psicoterapia de orientación analítica por el Instituto Wilfred Bion. luli.ignacio@gmail.com

Luz Adriana Muñoz-Duque. Ps. Mg. Universidad de Antioquia, Colombia. Psicóloga y Magister en Psicología. Actualmente cursa su doctorado en Salud Pública en la Universidad de Antioquia, Colombia. Trabaja sobre la evaluación y gestión del riesgo ambiental en personas expuestas a los efectos de la minería. luzamunozd85@gmail.com

Marcela Muratori. Doctora en Psicología, Universidad Católica Argentina. Profesora Adjunta de la Facultad de Psicología y Psicopedagogía, Universidad Católica Argentina. Profesora de la Facultad de Psicología y Relaciones Humanas, Universidad Abierta Interamericana. Sus principales áreas de investigación son la psicología social, cultural y política. marcelamuratori@hotmail.com

Margarita Loubat Oyarce. PhD en Psicología, Universidad Central, Chile. Máster de Especialización, Maestría y Licenciatura en Psicología, Universidad París V, Francia. Magíster, Universidad de Granada. Investigaciones y publicaciones asociadas a la Psicología Clínica y Patológica. Académica de la Escuela de Psicología de la Universidad de Santiago de Chile. margarita.loubat@usach.cl

María Vergara. Psicóloga, PhD en Ciencias de la Salud. Especializada en traumaterapia infantil sistémica. Trabaja en Centro EXIL, Barcelona, ONG que brinda apoyo médico, psicológico y social a víctimas de violencia y violaciones a los derechos humanos. Docente de post-grado en varios programas, y co-fundadora de la Asociación Crianza Terapéutica. mariavergara.ca@gmail.com

Nathalie Navarro. Médico psiquiatra de adultos, Universidad de Concepción, Chile. Estudios en Psiquiatría Forense, actualmente se desempeña como psiquiatra clínica en centros comunitarios de la red asistencial del Servicio de Salud Talcahuano, Chile. nathalie.psiq@gmail.com

Oscar Navarro Carrascal. PhD en Psicología Social, Universidad de Paris Descartes, Francia. Sus áreas de investigación son la psicología social y ambiental, la percepción de riesgos y vulnerabilidad ante catástrofes. Es Profesor de Psicología en el Laboratorio de Psicología del País de la Loire, Universidad de Nantes, Francia. http://www.psychologie.univ-nantes.fr/navarrocarrascal-o/0/fiche___annuaireksup/.oscar.navarro@univ-nantes.fr

Pablo Olivos Jara. Psicólogo, Universidad de Santiago de Chile; Máster en Antropología y Desarrollo, Universidad de Chile; PhD en Psicología Social, Universidad Complutense de Madrid. Sus temas de investigación abarcan la psicología social aplicada, la identidad social y ambiental en organizaciones y ambientes naturales. Es Profesor de Psicología Social en la Universidad de Castilla-La Mancha, España. http://www.researchgate.net/profile/Pablo_Olivos; pablo.olivos@uclm.es

Pamela Grandón. Psicóloga; Doctora en Psicología Universidad de Salamanca; Máster en Valoración de Discapacidad, Universidad Autónoma de Madrid. Profesora Asociada del Departamento de Psicología de la Universidad de Concepción. Su área de investigación principal es la salud mental comunitaria, particularmente estigma hacia personas con diagnóstico psiquiátrico. pgrandon@udec.cl

Pau Pérez-Sales. PhD en Psiquiatría. Trabaja en salud mental, derechos humanos, movimientos sociales y violencia política. Psiquiatra, Departamento de Psiquiatría,

Hospital Universitario de la Paz, Madrid. Director Clínico Centro SiRa Atención a Víctimas de Tortura, Madrid. Editor-Jefe Torture Journal. Fundador del Grupo de Acción Comunitaria. www.pauperez.cat; pauperez@runbox.com.

Roberta Borghetti Alves. Psicóloga. Doctora en Psicología por la Universidad Federal de Santa Catarina. Profesora del Curso de Psicología de la Universidad del Valle del Itajaí (UNIVALI). Colaboradora del Laboratorio de Psicología Ambiental. rborgettialves@gmail.com

Rodrigo Mosto. Médico psiquiatra de adultos, Universidad de Concepción, Chile. Se desempeña como Instructor en el Departamento de Psiquiatría y Salud Mental, Facultad de Medicina de la misma Universidad y en el Servicio de Psiquiatría del Hospital Clínico Regional de Concepción. rodrigomosto@udec.cl

Sandra Saldivia Bórquez. Psicóloga, Doctora en Psicología, Universidad de Granada, España. Máster en Salud Pública, Escuela de Salud Pública Universidad de Chile. Profesora Titular del Departamento de Psiquiatría y Salud Mental, Universidad de Concepción. Líneas de investigación: Epidemiología psiquiátrica, Evaluación de Servicios de Salud Mental, y Salud mental en Atención Primaria. ssaldivi@udec.cl

Ximena Fernández V. Psicóloga, Máster en Políticas Sociales y Dirección Estratégica para el Desarrollo Territorial, Universidad de Bologna, Italia. Doctora (c) en Salud Mental, Universidad de Concepción, Chile. Directora y Profesor asistente en la carrera de psicología de la Universidad Andrés Bello, sede Concepción. Experiencia en proyectos de intervención en salud mental comunitaria e investigación social. ximena.fernandez@unab.cl

CAPÍTULO 9.

CATÁSTROFES, CONDUCTA COLECTIVA PROACTIVA Y ANTI SOCIAL: ESTADO DE LA CUESTIÓN Y COMENTARIOS AL CASO CHILENO

MARCELA MURATORI

Universidad Católica Argentina; Universidad Abierta Interamericana

DARÍO PÁEZ ROVIRA

Universidad del País Vasco

ANNA WŁODARCZYK

Universidad Católica del Norte

PABLO OLIVOS

Universidad de Castilla-La Mancha

ELENA M. ZUBIETA

Universidad de Buenos Aires; Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas

1. CATÁSTROFES

Los efectos de las catástrofes pueden ser muy diversos según su naturaleza, no obstante, cada vez es más evidente que a gran escala los desastres seguirán siendo características dominantes de la vida social; que no solamente afectan económicamente, socialmente y físicamente un territorio de forma directa, sino principalmente a quienes se convierten en víctimas sobrevivientes de estos eventos inesperados (Figueroa, Marín y González, 2010; Hugelius, 2017; Nalipay, Bernardo y Mordeno, 2017; Quan, Zhen, Yao y Zhou, 2017). El impacto de los desastres, de acuerdo con el Informe Mundial sobre Desastres ha cambiado significativamente en las últimas dos décadas, ya que aunque el número de muertes disminuyó, el número de afectados y

daños materiales aumentó (CRED, UNISDR & UCL, 2017). Por lo que es importante tener en cuenta las consecuencias que perduran en el tiempo (Dai et al., 2017; Fernández, Martín-Beristain y Páez, 1999; Schwartz, Gillezeau, Liu, Lieberman-Cribbin y Taioli, 2017) y no solo desestructuran el entorno, sino también a los individuos y las comunidades (Benyakar, 2003; Brown et al., 2017; IFRC-RCS, 2018).

En los 20 años que han seguido a la década de 1990, los desastres causaron la muerte de más de 1,3 millones de personas y \$ 2 trillones de dólares de pérdidas, más que el monto total que se destinó a las ayudas al desarrollo en el mismo período (United Nations International Strategy for Disaster Reduction [UNISDR], 2012). Esta tendencia se ha mantenido durante la última década (IFRC-RCS, 2018). No obstante, no hay que olvidar que los desastres perjudican sobre todo a las personas pobres y vulnerables. Los pobres del mundo —un tercio de los cuales vive en zonas donde existen múltiples peligros—, son los más vulnerables a los riesgos de desastres. Desde 1970 la mayor parte de las 3,3 millones de muertes debidas a peligros naturales han tenido lugar en países pobres (Banco Mundial [BM] y Naciones Unidas [NU], 2010). Esto no obedece tanto a falta de factores protectores en la población vulnerable, como a políticas y hábitos de emplazamiento territorial que exponen a esta población a elegir emplazamientos de riesgo. Los países de ingreso más bajo concentran el 70% de los puntos más expuestos a desastres, y un tercio de la población pobre del mundo vive en zonas donde hay múltiples peligros (BM, 2016; IFRC-RCS, 2018).

Lo anterior no quita que las personas afectadas por los desastres, por definición, requieran una asistencia inmediata durante el período de emergencia. Es imprescindible que se cubran sus necesidades básicas de supervivencia, como abastecimiento en alimentos, agua, protección y asistencia médica y sanitaria (Walter, 2002). El suministro de dicha asistencia es sin duda necesario a corto plazo, pero los desastres generan también otros efectos psicosociales que a largo plazo afectan tanto a los individuos como a las comunidades. Estos efectos no siempre reciben suficiente atención y se quedan fuera del alcance de los esfuerzos de respuesta de emergencia. Diferentes tipos de desastres, incluidos los naturales, tecnológicos, y la violencia colectiva relacionada con ellos, son causas de un deterioro psicológico grave (Norris et al. 2001), pero también tienen efectos “corrosivos” a nivel de la comunidad (Erikson, 1994; Knez et al., 2018).

Los desastres emergen como eventos no rutinarios, por ello sus efectos y consecuencias dependen de las estructuras sociales preexistentes que determinan las respuestas institucionales e individuales (Dynes, 1993; Kreps, 1985, 1989; Oliver-Smith, 1996). A la vez, los desastres son catalizadores de la acción colectiva, pero también se podrían concebir como “eventos sistémicos” ya que permean la estructura social de la comunidad, produciendo respuestas sociales que son al mismo tiempo espontáneas y limitadas (Dynes, 1974; Kreps, 1985, 1998).

Las respuestas de las víctimas del desastre más a menudo se ven en términos de una “definición de situación” socialmente construida. Diferentes patrones de respuesta empleadas por las víctimas han llevado a los investigadores a estudiar dos tipos distintos de desastres: los naturales y los tecnológicos (Cuthbertson y Nigg, 1987; Goldsteen y Schorr, 1982). Aunque, según los investigadores de desastres tecnológicos, estos tienen un impacto social, económico, cultural y psicológico mucho más severo y duradero que los [desastres] naturales” (Freudenburg 1997, p. 26), la discusión sobre la validez empírica y teórica de dicha distinción sigue impregnada en gran parte de la literatura sobre desastres (Alexander, 1993; Quarantelli, 1992, 1998).

En el caso de los desastres naturales se distinguen principalmente dos categorías. Los desastres climáticos como resultados de fenómenos atmosféricos, tales como diluvios, huracanes y sequías que son los mayores desastres climáticos que afectan los países a gran escala; y los desastres geológicos como terremotos, erupciones de volcanes y otros desastres provocados por cambios geológicos (Abbott, 2004). Aunque los efectos de ambos tipos de desastres pueden ser enormes, los efectos de los desastres geológicos suelen ser menos predecibles que los efectos de desastres climáticos, dado que implican una variedad más amplia de efectos secundarios (Popp, 2006).

2. CONSECUENCIAS DE LAS CATÁSTROFES

Como mencionamos, las catástrofes pueden resultar en la emergencia de unos efectos corrosivos y crónicos que afectan a las personas y comunidades (Baum y Fleming, 1993; Brown y Mikkelsen, 1997; Clarke y Short, 1993; Cuthbertson y Nigg, 1987; Edelstein, 2004; Erikson, 1994; Freudenburg, 1993, 1997; Freudenburg y Jones, 1991; Kroll-Smith y Couch, 1993a; Picou y Gill, 2000; Sofá y Kroll-Smith, 1985; Verde de, 1996). Los desastres naturales rompen creencias básicas de las víctimas acerca de su propia invulnerabilidad, el sentido de la vida y el orden, predictibilidad y controlabilidad (Janoff-Bulmann, 1998; Sassón, 2004). Además, la incertidumbre, la frustración frente a la indolencia o el aprovechamiento político (Cova y Rincón, 2010) conllevan un alto impacto emocional al nivel de la comunidad.

Sobre todo, los desastres tecnológicos han sido descritos por muchos autores como “generadores de conflictos interminables”, dado que a menudo están estrictamente relacionados con contaminación del medio ambiente, creando de este modo, incertidumbre sobre los efectos de exposición a ella (Erikson, 1994; Hallman y Wandersman, 1992; Kroll-Smith y Couch, 1993b; Vyner, 1988). De esta manera, la falta de información, falta de estrategia adecuada o descoordinación de parte de organizaciones, agencias y grupos comunitarios locales pueden seriamente impedir la recuperación de la comunidad (Peacock y Ragsdale, 2000).

Se han distinguido tres factores importantes que determinan la emergencia de una respuesta corrosiva: (1) el impacto en la salud mental y física de las víctimas (Arata et al., 2000; Baum y Fleming, 1993; Freudenburg y Jones, 1991; Verde de, 1996; Picou y Gill, 2000); (2) “deslealtad”, o la percepción de fracaso gubernamental o desorganización (Couch, 1996; Freudenburg, 1993, 1997, 2000; Marshall, 2004; Marshall, Picou y Gill, 2003); y (3) un litigio prolongado (Gill y Picou, 1991; Marshall, Picou y Schlichtmann, 2004; Picou, 1996; Picou y Rosebrook, 1993).

La deslealtad es una forma de malversación institucional donde los expertos o especialistas institucionales, no llevan a cabo una responsabilidad que se esperaba de ellos (Freudenburg, 1993, 1997, 2000). La evidencia indica que la deslealtad se asocia a una percepción elevada de riesgo (Freudenburg, 1993; Marshall, 1995), altos niveles de desconfianza psicológica (Couch, 1996), y percepción de deterioro comunitario. El fracaso de gestión por parte de expertos u organizaciones especializadas, los expone como irresponsables, incompetentes, y contribuye a que los efectos negativos del desastre persistan en el tiempo y se conviertan en efectos crónicos a través de la pérdida de confianza en los sistemas de apoyo institucional tradicionales (Freudenburg, 1997, 2000).

En el presente capítulo se pretende identificar diferentes tipos de respuestas ante las catástrofes, y especialmente determinar las condiciones que están relacionadas con la emergencia de conductas proactivas y conductas antisociales. Partiendo de la perspectiva que sostiene que todos los desastres conducen a “situaciones de crisis social”, socialmente construida (Kreps, 1985; Quarantelli, 1985, 1998), se hipotetiza que la gravedad del impacto de las catástrofes puede ser determinada por las estructuras sociales previamente existentes y la vulnerabilidad de diferentes grupos victimizados (Bolin, 1982; Dynes, 1998; Morrow y Enarson, 1996; Oliver-Smith, 1996). Suponemos que ciertas características y condiciones estructurales de las comunidades y sociedades facilitan el afrontamiento y adaptación eficaz para algunos grupos, mientras que otros pueden verse perjudicados dado su falta de recursos económicos o psicosociales (Arata et al., 2000; Bolin, 1982).

2.1. Inseguridad

La incertidumbre indudablemente acompaña cada experiencia traumática tanto a nivel individual como colectivo u organizacional (Amendola, 2004; Seeger, Sellnow, y Ulmer, 1998).

En el caso de los desastres naturales, debido a su frecuencia, son acontecimientos potencialmente traumáticos que pueden afectar a la mayoría de las personas. Su carácter traumático no se debe solamente a los efectos inmediatos del desastre como destrucciones o pérdidas humanas, sino también a las consecuencias posterior-

res como desplazamientos, caos social y déficit en la satisfacción de las necesidades básicas. Estas condiciones pueden alterar la vida de las personas, quebrando las creencias básicas acerca del mundo, de los otros y de sí mismo, que guían las vidas de las personas (Janoff-Bulman, 2004; Pérez-Sales et al., 2012), generando además malestar emocional (García, 2011), por lo tanto requieren una fuerte capacidad de adaptación (Gaborit, 2001).

Sin embargo, se ha constatado que las comunidades y las sociedades afectadas por un desastre natural desarrollan “terapias” que rápida y eficazmente ayudan a superar las pérdidas, traumas y privaciones del desastre - y sin la intervención de profesionales de la salud mental. Fritz (1996), basándose en la experiencia de la Guerra Civil española, el bombardeo de Gran Bretaña y de Dresde e Hiroshima durante la Segunda Guerra Mundial, sostuvo que en todos estos casos surgió algo parecido al equivalente local del espíritu Blitz (de resistencia cooperativa al bombardeo de Londres). Estas comunidades afectadas por destrucción masiva demostraron una formidable capacidad de resiliencia. Esta resiliencia colectiva se caracteriza por el predominio de acciones racionales, altruistas y de solidaridad después de traumas colectivos – y no solo la ausencia de pánico de masas y disturbios (Drury, 2012; Drury, Cocking y Reicher, 2009). Esta resiliencia que puede ayudar a amortiguar las consecuencias negativas de la incertidumbre se basa en el afrontamiento comunal, especialmente en el caso de las catástrofes, en el que las personas enfrentan compartidamente una situación de catástrofe. Esta orientación puede minimizar el impacto negativo de la incertidumbre mediante el fomento de una sensación de seguridad, resistencia y eficacia (Villagran, Reyes, Wlodarczyk y Paez, 2014). Una encuesta realizada en las provincias de Chile que fueron afectadas por el terremoto del 2010, confirmó la relevancia de este afrontamiento comunal, ya que encontró que, si bien un 56% enfrentó el terremoto de forma individual, un 36% lo hizo de forma colectiva – movilizándose para abastecerse de agua y alimentos (23%) y aumentar la seguridad en su comunidad (20%). Un 89,9% informó que recibió ayuda instrumental de sus vecinos, como recibir agua, alimentos, leña (44%), protección y albergue (40%), así como apoyo emocional (40%) (Larrañaga y Herrera, 2011).

2.2. Conductas prosociales, proactivas y crecimiento post catástrofe

En el caso de los desastres naturales, se esperarían respuestas psicológicas de carácter patológico, como el Trastorno por Estrés Post-traumático (TEPT), la depresión, los trastornos de ansiedad y el abuso de alcohol u otras sustancias (Cova y Rincon, 2010; Quan et al., 2017). Pero también es posible encontrar respuestas o reacciones positivas, como resiliencia y crecimiento, o de recuperación (Bonanno, 2004; Nalipay et al., 2017), sin necesidad de apoyo psicoterapéutico. Los estudios

empíricos demuestran que la mayoría de las personas que experimentan o presencian un evento traumático no reportan sintomatología clínica significativa relacionada (Bonanno, 2004), e incluso entre un 60-80% de los afectados por hechos traumáticos señalan efectos positivos ante este tipo de experiencias (Calhoun y Tedeschi, 2006). Respuestas de esta naturaleza fueron descritas tras el atentado a las Torres Gemelas en Nueva York, o por Pajkumar, Premkumar y Tharyan (2008) tras el tsunami del año 2004, en India, quienes detectaron incluso mejora en las relaciones interpersonales, una disminución en la percepción de la brecha socio-económica entre distintas castas o mayor igualdad de género. Entre un 60% y 80% de los afectados por hechos traumáticos señalan efectos positivos al pasar por una experiencia de este tipo. Entre ellos se pueden plantear los siguientes, que conforman el denominado crecimiento post traumático (CPT): a) una sensación de crecimiento personal y de aprendizaje sobre las capacidades, habilidades y resistencia personal; b) un aumento de la sabiduría y el conocimiento; c) una mejora del conocimiento sobre sí mismo y los otros; d) un mayor aprecio de lo que se tiene y un aprendizaje de las prioridades importantes en la vida; y e) un mayor desarrollo espiritual. En el mismo sentido, si una catástrofe puede empeorar la visión del mundo y de los otros, también puede tener efectos positivos en las relaciones con los otros, como los siguientes: a) reunir y acercar a la familia; b) unir a la comunidad, haciéndolos sentirse más cerca; c) provocar una orientación más prosocial: ser más tolerante y compasivo con los otros, así como valorar el apoyo que estos ofrecen; y d) pensar que los otros pueden beneficiarse de su experiencia. Los estudios transculturales en Asia, África, Medio Oriente y Latinoamérica han confirmado que en general los cambios se organizan en dos dimensiones (v.g., cambios intra e interpersonales), o bien en tres dimensiones (v.g., descubrimiento de fortalezas y nuevas oportunidades personales; cambios interpersonales; y crecimiento espiritual y cambio de filosofía de vida como, por ejemplo, valorar la vida y el presente o cambiar prioridades, según Páez, Vázquez y Echeburúa, 2013). Solo en países desarrollados individualistas, como Australia o de Europa Occidental, se encuentran las cinco dimensiones originales de Calhoun y Tedeschi, probablemente porque en estas culturas, por su énfasis en la persona individual, los sujetos diferencian más las facetas de crecimiento personal entre ellas y de lo interpersonal (Vázquez y Páez, 2011, escala PTG o CPT accesible en www.ehu.es/es/web/psicologiasocialce apartado instrumentos). Sin embargo, pese al supuesto carácter semi-colectivista de la cultura nacional chilena, en un estudio con 1187 afectados por el terremoto del 2010 en ese país se encontraron las cinco dimensiones en una versión larga y corta del inventario CPT (García, Cova, y Melipillán, 2013; García y Włodarczyk, 2016).

Este crecimiento postraumático es facilitado por los siguientes factores: a) la catástrofe o trauma debe producirse durante el proceso de formación de la identidad

o juventud, porque en ese momento del ciclo vital las personas tienen condiciones para reconstruir su yo y sus creencias básicas; b) las personas y comunidades deben tener recursos sociales; c) deben distanciarse afectivamente de lo ocurrido (un lapso de tiempo debe permitir una perspectiva de reconstrucción positiva de lo ocurrido); d) la severidad traumática debe ser media –es decir, igual que sucede en las experiencias de flujo (flow), el desafío debe ser alto pero no imposible de superar y los recursos existentes deben permitir gestionar el estrés; e) buscar y recibir apoyo social, narrar y elaborar intra e inter-personalmente lo ocurrido; f) el afrontamiento adaptativo directo o de aceptación y reevaluación positiva deben ser altos; g) el optimismo, la capacidad de atribuir significado ideológico a los hechos, por ejemplo mediante afrontamiento religioso, deben ser altos; y h) la activación emocional, en particular positiva, debe ser alta (Páez, Vázquez y Echeburua, 2013). Revisaremos la evidencia que apoya estos factores, incluyendo resultados de estudios sobre afectados por catástrofes en Chile.

Con respecto al punto d), es decir, la severidad y el crecimiento, se ha encontrado, luego del terremoto en Chile, una correlación positiva entre CPT, severidad y síntomas de estrés postraumático (García y Włodarczyk, 2016), confirmando la idea de que un trauma, aunque provoque rumiación y ansiedad, es una precondition para el CPT.

En lo referente al punto e), el meta-análisis de Prati y Pietrantonì (2009) subraya que el apoyo social promueve estrategias de afrontamiento activo, lo que a su vez promueve conductas pro sociales y crecimiento post estrés. En el caso chileno, un estudio confirmó la relevancia del apoyo social – y afrontamiento religioso- para el CPT: 116 hombres y mujeres adultos afectados por el terremoto del 2010 y que debieron abandonar sus viviendas fueron evaluados utilizando una escala de gravedad subjetiva, el Inventario de Crecimiento Postraumático, la Escala Multidimensional de Percepción Social y la escala RCOPE breve de afrontamiento religioso. Los análisis mostraron que el apoyo social y el afrontamiento religioso positivo influían el CPT (García, Páez, Cartes, Neira y Reyes, 2014).

Con respecto al punto f), el afrontamiento directo, de aproximación y resolución en lo posible de los efectos del suceso traumático, se asocia al CPT ($r = .33$ en Prati y Pietrantonì, 2009). El CPT también se asoció al afrontamiento de aceptación ($r = .20$, en el meta-análisis de Helgeson, Reynolds y Tomich, 2006 y $r = .17$ en Prati y Pietrantonì, 2009). La aceptación permite asimilar el hecho y numerosos estudios muestran su carácter adaptativo. Señalemos además que el afrontamiento centrado en la resolución del problema facilita la búsqueda de vínculos con personas significativas que den apoyo y permite la expresión de emociones (Helgeson et al., 2006). La relación entre estas estrategias de afrontamiento y la vinculación social es un proceso recursivo, puesto que mientras más orientado se esté a la resolución del

problema, se permite más el acceso de personas dispuestas a ayudar y escuchar, y mientras más personas estén dispuestas a apoyar y escuchar, hay más posibilidades de afrontar en forma activa las consecuencias del trauma (Rajandram et al., 2011). A su vez, Tedeschi y Calhoun (2004) señalan que mediante la auto-revelación y buscar ayuda de otros, los individuos descubren aspectos positivos del trauma del que no se habían percatado, ayudando a reevaluar lo ocurrido. Los estudios recientes confirman una relación entre las respuestas positivas al desastre y la auto revelación (Tedeschi y Calhoun, 2004), el compartimiento social o verbalización intersubjetiva de las emociones (Rimé, 2012) y el apoyo social (Calhoun y Tedeschi, 2006). Por otra parte, en población expuesta a uno de los terremotos más intensos registrados en la última década, que tuvo lugar en Chile, se ha reafirmado la relación entre el compartir social de la emoción y el crecimiento post-traumático, aunque mediado totalmente por procesos de rumiación deliberado (García, Jaramillo, Martínez, Valenzuela y Cova, 2014) o rumiación deliberada y afrontamiento centrado en el problema (García, Reyes y Cova, 2013). La rumiación deliberada se asemeja al afrontamiento cognitivo por reevaluación positiva. Los meta-análisis confirman que el CPT también se asocia a la re-evaluación positiva o re-estructuración cognitiva ($r = .38$ en Helgeson et al., 2006 y $r = .36$ en Prati y Pietrantonio, 2009). La reevaluación positiva de la experiencia relacionada con el trauma, que se distancia de la catástrofe y enfatiza lo positivo de lo ocurrido, es un antecedente cognitivo del crecimiento. La reevaluación positiva de la experiencia relacionada con el trauma, que enfatiza lo positivo de lo ocurrido, es un antecedente cognitivo del crecimiento y no se confunde con él. Es posible diferenciar entre el reevaluar, redefinir positivamente o enmarcar benévolamente lo ocurrido, es decir, distanciarse del hecho e inclusive encontrar aspectos positivos ('la catástrofe fue brutal' pero, 'se evitó una gran mortalidad') y el CPT propiamente dicho, como percibir aspectos de crecimiento o mejora personal, interpersonal y grupal ('la participación en la respuesta a la catástrofe nos hizo madurar', 'reforzó la cohesión con los compatriotas y la cohesión de la nación', 'nos hizo ser más tolerantes y sabios ante la vida').

Por otro lado, y siempre asociado a procesos cognitivos, el nivel de CPT correlacionaba positivamente ($r = .18$) con síntomas de rumiación, pensamientos intrusivos y evitación, fuertemente asociados a la afectividad negativa (Helgeson et al, 2006). Aunque los estudios sobre afrontamiento sugieren que la rumiación es más un efecto de la afectividad negativa que un proceso adaptativo, otros estudios han encontrado que reflexionar sobre lo ocurrido ayuda al ajuste cuando se hace voluntariamente, por un tiempo limitado, y potencia la reevaluación positiva (Rimé, 2012). Se diferencia esta rumiación deliberada reflexiva, en oposición a una rumiación más negativa caracterizada por una cavilación involuntaria reiterada y negativa (*brooming*) –por ejemplo: preguntas reiteradas como “¿por qué me

ha pasado esto?”, “¿qué hemos hecho para merecerlo?”, “no puedo mejorar mi situación”, etc.). Un estudio en Chile con una muestra de 349 hombres y mujeres adultos que vivieron el terremoto y tsunami del 27/F del 2010 en Chile utilizando ecuaciones estructurales encontró una influencia directa de la severidad subjetiva, el afrontamiento centrado en el problema y la rumiación deliberada en la presencia de CPT (García, Cova, Vázquez, Rincón y Páez, 2016; García, Jaramillo et al, 2014).

El CPT se asocia también al optimismo, que enfatiza una visión positiva del mundo y el futuro ($r = .27$ en Helgeson et al., 2006 y $r = .23$ en Prati y Pietrantonì, 2009). Estudios en Chile con víctimas de catástrofes han encontrado un perfil similar (García, Reyes y Cova, 2014). Las personas con más optimismo disposicional son las que infieren más beneficios o encuentran más aspectos positivos de la respuesta al suceso traumático, y además en general afrontan más adaptativamente el estrés (Vázquez y Páez, 2011). El crecimiento postraumático también se asocia a la religiosidad ($r = .17$ en Helgeson et al., 2006 y $r = .23$ en Prati y Pietrantonì, 2009) y al afrontamiento mediante la religión ($r = .38$ en Prati y Pietrantonì, 2009), que probablemente ayudan a otorgar un sentido al trauma. En el caso chileno, estudios han confirmado que el afrontamiento religioso constructivo se asocia al CPT. Además, el afrontamiento religioso mostró una mediación completa entre la severidad o gravedad subjetiva y el CPT (García, Páez, et al., 2014).

Otro factor que apoya el CPT es una alta activación emocional, en particular positiva. Las emociones de alegría y orgullo sentidas personalmente por la reacción ante el trauma, medido una semana después del atentado del 11-M 2004 en España, fueron un predictor del CPT personal y colectivo tres semanas más tarde. Emociones colectivas positivas o la percepción de un clima emocional positivo en la nación (confianza, solidaridad), medido una semana después del atentado, fue un predictor más importante tres semanas más tarde del CPT, que las emociones personales positivas, negativas y que el clima emocional negativo (que se asociaron también positivamente confirmando que el sufrimiento alimenta el CPT). Estos resultados sugieren, además del rol propulsor de las emociones personales, un proceso de resiliencia comunitario en la que las emociones positivas colectivas alimentan la posibilidad de encontrar beneficios (Vázquez y Páez, 2011).

Además de las estrategias de afrontamiento, consideradas como recursos individuales que las personas utilizan para el mantenimiento de su bienestar general, se ha logrado identificar como consecuencias de la interacción y la participación colectiva, estrategias de orden comunitario, que por medio de la reconstrucción de las relaciones sociales, un sentido de pertenencia e identidad compartida, contrarrestan el impacto del evento a través de valores colectivos como son la solidaridad y la cohesión entre la comunidad (Páez, Vázquez y Echeburua, 2013). Cuando las formas de coping se hacen junto con una díada, grupo o comunidad,

para afrontar un problema que afecta la identidad colectiva o un problema social compartido, se concibe como afrontamiento comunitario. Por ejemplo, cuando una comunidad busca información o apoyos y planifica cómo enfrentar entre todos un problema ambiental que consideran común, se realiza un afrontamiento comunitario (Villagrán, Reyes, Wlodarczyk y Páez, 2014). Cuando este afrontamiento implica conductas colectivas repetitivas estilizadas, coordinadas y sincronizadas, en un espacio y tiempo especial, con una carga específica de valores, se concibe como afrontamiento ritual colectivo (por ejemplo, una ceremonia y misa para rezar entre todos es un ritual colectivo, mientras que rezar individualmente es un afrontamiento ritual religioso privado). Las formas de afrontamiento comunitario están dirigidas a contrarrestar la catástrofe o trauma por medio de la reconstrucción de la colectividad y de un sentido de pertenencia e identidad social, basadas en relaciones sociales y valores colectivos como la solidaridad y la cohesión entre la comunidad (Páez, Vázquez y Echeburúa, 2013). Las formas de afrontamiento comunal se han asociado al crecimiento postraumático y bienestar en víctimas de desastres en Chile, Colombia y España (Wlodarczyk et al., 2016). Un estudio con afectados por el terremoto en Chile encontró que las formas de afrontamiento comunal, es decir realizadas de forma colectiva y junto a otros, tales como la reevaluación, la expresión emocional regulada, la distracción comunitaria, y la búsqueda de apoyo social comunitario, se asociaron con el bienestar social percibido evaluado por la escala de Keyes y con el crecimiento post-traumático (PTG). Además, la participación en rituales espirituales (misas, etc.) se asoció específicamente con la reevaluación comunitaria o que las personas percibieran que el grupo se distanciaba de lo ocurrido y enfatizaba los aspectos positivos, confirmando que estos rituales ayudan a resignificar y reenmarcar lo ocurrido. Por otro lado, la participación en reuniones colectivas tanto religiosas como seculares (manifestaciones, etc.) también reforzaron el crecimiento post-traumático, así como el bienestar social (Wlodarczyk et al., 2016). Estos hallazgos muestran que las comunidades disponen y/o pueden desarrollar estrategias de afrontamiento que faciliten la recuperación y aumenten la cohesión grupal.

Como conclusiones prácticas para la intervención en catástrofes, debemos tomar en cuenta que hay ciertas condiciones que facilitan los cambios positivos en circunstancias adversas, y que algunas (a partir de c) se pueden activar mediante intervenciones psicosociales:

- a) que las personas estén construyendo su identidad o sean jóvenes, que tengan recursos ideológicos y que la comunidad no esté desorganizada;
- b) que se dé una severidad media de estrés, pero no extrema;
- c) que se dé apoyo social y participación social, aunque no búsqueda prolongada de apoyo emocional – más un síntoma que proceso curativo;

- d) facilitar una comunicación que ayude a reevaluar y construir una narrativa positiva, y no solo mantener viva las emociones negativas;
- e) apoyar el afrontamiento de aceptación de lo ocurrido, optimismo, reevaluación positiva y atribución de significado religioso o secular;
- f) generar una activación de emociones positivas, o al menos una coexistencia de emociones negativas y positivas personales, y percepción de un clima emocional positivo -de esperanza y solidaridad;
- g) apoyar una rumiación reflexiva, no depresiva o caviladora, que ayude a la redefinición positiva;
- h) generar formas de afrontamiento comunitario, que muestren que “el problema es nuestro”, den pie a conductas altruistas y emociones de orgullo y esperanza, así como formas de conmemoración y rituales de recuerdo que generen materiales para una narrativa benevolente, que ayuden a una redefinición de lo ocurrido y creen una proyección a futuro positiva de la colectividad.

2.3. Conductas antisociales: saqueos

Muchas de las acciones posteriores a una catástrofe suelen ser adaptativas, siendo la búsqueda y rescate de víctimas, las más frecuentes. No obstante, a pesar del incremento de la cohesión social y los mecanismos informales de control social durante los desastres, que permiten que haya una menor incidencia de las conductas desviadas o delictivas, éstas siguen estando presente (Salgado, Marchione y Gill, 2010).

Dentro de estas conductas desviadas se encuentra el saqueo, el cual es definido por Gray y Wilson (1984) como el gran y pequeño hurto de propiedad privada durante y después del impacto de algún desastre. Dynes y Quarantelli (1968), en un artículo clásico sobre el tema, plantean que las personas participan en saqueos cuando sus comunidades se enfrentan a ciertos tipos de crisis. Una de estas crisis puede ser causada por desastres naturales tales como las inundaciones, huracanes, terremotos, incendios, etc. El otro tipo de crisis se debe a los disturbios civiles. Ambas, al generar una interrupción en el orden normal y organización de la comunidad, también generan una redefinición de los derechos a la propiedad, aunque éstas presentan características diferentes en cada caso. El saqueo en las crisis de disenso (revueltas civiles) se caracteriza por ser generalizado, colectivo y público, realizado por personas locales que son selectivas en su actividad (éstos deciden qué saquear y cómo hacerlo) y que reciben el apoyo de la comunidad frente a sus acciones. En cambio, el saqueo en las crisis de consenso (desastres naturales) es, por lo general, limitado (artículos de poco valor), individual y privado, realizado por extraños a la comunidad que sacan provecho de la situación de emergencia, y que son condenados severamente por la comunidad. Por otro lado, Barsky, Trainer y Torres (2006)

establecen una diferencia entre apropiación de bienes de primera necesidad (motín de supervivencia) y apropiación de bienes suntuarios (saqueo).

Además, tal como plantean Dynes y Quarantelli (1968), es importante señalar que en situaciones de catástrofe hay una redefinición temporal acerca de los derechos de la propiedad, del tal modo que se produce un acuerdo general entre los miembros de la comunidad para que los recursos individuales se conviertan en propiedad comunitaria. Por lo tanto, los derechos individuales sobre la propiedad quedan suspendidos y la apropiación de bienes privados, lo que normalmente se llamaría saqueo, está temporalmente condonada. Esto hace que, en muchos casos, el término “saqueo”, tal como se lo conoce, desaparezca si bien persisten los casos de personas que son ajenas a la comunidad, irrumpen y roban propiedad privada. Esto se debe justamente a que, en una situación de catástrofe natural, las metas personales se vuelven al bien común, que es en este caso, salvar la mayor cantidad de vidas posibles. Cualquier método para obtener esto, se vuelve legítimo.

Según estos autores, la tradicional escasez de estudios sobre este fenómeno se ha debido principalmente a cuatro condiciones que prevalecen en el período inmediato posterior al impacto. La primera razón es que se malinterpreta la conducta observada, en especial, los motivos reales de las personas. Luego de la catástrofe converge gran cantidad de gente en el área de impacto. Los agentes locales, especialmente aquellos con poca experiencia en emergencias, consideran a éstos como observadores y, por lo tanto, como posibles saqueadores, cuando en realidad se puede tratar de gente ansiosa, voluntarios, sobrevivientes que regresan al lugar, curiosos, entre otros.

La segunda razón se debe a la confusión que existe acerca de la propiedad. En algunos casos los dueños de locales brindan productos que están dañados o que se echan a perder, sin embargo, el límite entre los bienes que se ofrecen y los que no, es difuso. Otra razón, se debe a una exageración de las pérdidas causadas por el desastre ya que los agentes que se encuentran en el área tienden a sobreestimar la seriedad de la situación.

Por último, los medios de comunicación realizan una cobertura sensacionalista acerca de los desastres, donde se tiende a dramatizar más de la cuenta mostrando por ejemplo sólo imágenes de los edificios destruidos, en vez de incluir también los que quedaron en pie. Además, las historias de saqueo, aun siendo imprecisas y en algunos casos hasta inventadas, son difundidas y resaltadas rápidamente.

Existe controversia acerca de la existencia real de saqueos posteriores a los desastres naturales (Frailing, Harper y Serpas, 2015). Por ejemplo, según Prelog (2015), la investigación de la sociología de los desastres, basada en una hipótesis terapéutica comunitaria, sostiene que la actividad criminal se reduce antes y durante las catástrofes; en cambio la criminología, basada en la teoría de la desorganización

social, sostiene que la probabilidad y ocurrencia de los crímenes aumenta con los desastres; finalmente, los investigadores, empleando la teoría de las actividades rutinarias, sugieren que los desastres pueden aumentar o disminuir la actividad criminal según cómo éstos reestructuran los mecanismos formales e informales de control social y las oportunidades para cometer delitos.

Así, por un lado, la literatura sobre desastres da cuenta que, en este tipo de circunstancias, los comportamientos pro-sociales predominan por sobre los antisociales y que existe el “mito del desastre” el cual establece que los desastres naturales y tecnológicos ofrecen oportunidades máximas para el surgimiento de comportamientos antisociales, aunque éstos no ocurren realmente. Desde esta perspectiva, Quarantelli (1994, 2007) sostiene que los saqueos ocurren sólo en situaciones atípicas y bajo una serie de condiciones sociales pre-existentes. Además, como plantea Welter (2012), más que el tema del saqueo como hecho en sí, importa el miedo al saqueo en general, que es una de las razones por las que las personas se niegan a evacuar sus hogares a pesar de que existe una amenaza real a su vida.

Numerosos estudios han encontrado evidencia en favor de la hipótesis del “mito del desastre”. Así, por ejemplo, Curtis y Mills (2011), estudiando los efectos del Huracán Katrina en New Orleans, observaron una relación inversa entre el crimen y el estatus de ocupación residencial, en el sentido de que a mayor actividad de recuperación de las calles post-desastre, menor crimen. Lemieux (2014), estudiando tormentas de hielo prolongadas en Quebec, Canadá, que provocaron importantes cortes de electricidad, estudió las fluctuaciones diarias de la incidencia de crímenes. Observó una disminución significativa de los crímenes contra la propiedad, asociada a un aumento del altruismo institucional (distribución de ayudas) y del altruismo social (donaciones).

Nogami (2015), estudiando en Japón los tipos de actos criminales que las personas creen que podrían aumentar en situaciones de desastre, observaron que estos piensan que solo los robos, saqueos y fraudes podrían aumentar, no así los abusos sexuales, asaltos y asesinatos. Según la autora, los predictores más significativos del mito serían la edad de los participantes (a menor edad, mayor predicción del mito), la cantidad de horas semanales dedicadas a internet (a mayor cantidad de horas, mayor predicción del mito), y su preferencia por la cobertura mediática de los crímenes. Otros estudios han investigado la percepción diferenciada de los mitos entre profesionales de las catástrofes y la población general. Drury, Novelli y Stott (2013) estudiaron los mitos del pánico masivo, del desorden social y de la impotencia, encontrando apoyo solo para los dos primeros debido a que los participantes en conjunto opinan que las emergencias en masas despiertan la resiliencia. Los autores observaron que los grupos de participantes no especialistas (administradores de eventos deportivos y población general) fueron los que percibieron más

fuertemente los mitos del pánico y el desorden social, en comparación con policías y guardia civil, favoreciendo la coerción como una táctica para la gestión de emergencias en masas. Explican sus resultados mediante la asociación de los modelos de comportamiento de emergencia en masas, según los cuales el modelo de comportamiento inadaptativo se relaciona con modelos de administración de multitudes coercitivos y paternalistas, en cambio cuando predominan modelos de comportamiento racionales y resilientes ante las catástrofes, los participantes rechazan la idea de que la gestión de la información deba ser restringida, y creen que los servicios de emergencia deben confiar en la capacidad de iniciativa de los supervivientes.

Por otro lado, otros autores (Frailing, 2007; Nobo y Pfeffer, 2012) sostienen que los saqueos posteriores a los desastres no son un mito y que existe gran documentación en distintas partes del mundo que evidencia este fenómeno. Algunos de ellos, de larga data, como por ejemplo, los saqueos ocurridos después de las inundaciones en Johnstown en el año 1889, en Ohio en 1913, o del huracán Galveston en 1900 o luego del terremoto e incendio que irrumpió en la ciudad de San Francisco en 1906 (Gray y Wilson, 1984). Datos más actuales son los concernientes a la inundación como consecuencia del huracán Agnes en Wilkes Barres en Pennsylvania en 1972, al terremoto en Tangshan, China en 1976 o al paso del huracán Katrina en Nueva Orleans en el año 2005 (Frailing, 2007).

Utilizando un análisis geográfico y longitudinal, a lo largo de 14 años de registro de datos locales en Estados Unidos de América sobre predictores sociodemográficos de delincuencia, tasas de crímenes violentos y contra la propiedad, e impacto de desastres naturales, Prelog (2015) llevó a cabo un análisis mediante un modelo lineal jerárquico observando que las tasas altas de crímenes estaban asociadas a desastres de gran magnitud.

Otros autores (Berger, 2009; Seymour, 2013), interpretan que la divulgación de los saqueos ocurridos luego del tifón Haiyan en Filipinas en 2013, o del huracán Katrina en Nueva Orleans en 2005, o del terremoto ocurrido en Haití en 2010, fueron sólo una estrategia, por lo general racista, para organizar medidas violentas de intervención y control social en la zona de desastre.

En lo que hace al caso chileno específicamente, los saqueos producidos luego del terremoto del 2010 en el centro de la ciudad de Concepción, Chile, son considerados como un caso atípico de comportamiento antisocial en el contexto de un desastre natural (Aninat, Urrutia y Villalobos, 2011). Tanto en el centro de Concepción como en localidades relativamente cercanas como Talcahuano, Coronel, Hualpén, San Pedro de la Paz, Chiguayante y Penco, se desarrollaron saqueos masivos y generalizados, que terminaron en destrozos e incendios de varios locales. Distintos medios de comunicación chilenos reportaron robos en supermercados, farmacias y otros locales, involucrando población tanto delictiva como no delictiva en diversas

zonas, ya que muchos fueron protagonizados por familias completas (mujeres, hombres, niños, etc.). Estos robos no solo comprendían la sustracción de alimentos básicos como leche y comida, sino también de televisores plasmas, cortadoras de carne y piscinas. Dado que el gobierno admitió que la devastación era peor de lo esperado, la presidenta de aquel momento, Michelle Bachelet, el 1 de marzo decretó estado de catástrofe en la zona y aumentó el número de efectivos de las Fuerzas Armadas para que pudieran controlar la situación y se decretó el toque de queda, el cual se extendió más de lo estipulado (Laing, 2010). De acuerdo a los medios, hubo cientos de detenidos y la policía chilena pudo recuperar aproximadamente solo tres millones de pesos en bienes saqueados (Pisarenko, 2010).

3. CONCLUSIONES

Como puede derivarse de lo anteriormente expuesto, las catástrofes pueden generar consecuencias de diversa índole tanto a nivel individual como comunitario. Si bien se trata de hechos inusuales, sorprendidos y de carácter negativo, las reacciones y respuestas que se desencadenan tras este tipo de hechos no siempre son negativas. En este sentido, los estudios muestran que, dadas ciertas circunstancias, las catástrofes pueden generar efectos constructivos sobre el sistema social a través de procesos de reorganización personal y/o social. Sin embargo, el hecho de que haya saqueos es innegable e, incluso, inevitable. Salgado et al. (2010) plantean ciertas hipótesis del por qué el delito aparece y se mantiene en estos determinados contextos. Una primera explicación es que los desastres aumentan la percepción de beneficios y disminuyen la percepción de los costos individuales en la participación de los saqueos. Esto se debe a que las facilidades y los canales de comunicación se ven obstruidos en caso de catástrofes. Las instituciones públicas se dañan, lo que reduce su capacidad de respuesta y credibilidad en cuanto el castigo a la conducta desviada. Además, la participación en saqueos crece cuando hay un desastre ya que los bienes que cubren las necesidades básicas se vuelven escasos, y por ende, más valiosos. Una segunda explicación radica en el hecho de que los desastres reducen la cantidad y calidad de información que los individuos reciben de su entorno. No solo el estrés que acompaña a una catástrofe afecta la toma de decisiones de las personas, sino que también puede dificultar la conexión entre los sistemas de comunicación que los individuos utilizan para estar informados sobre su medio social (tales como internet, teléfono, etc.). Las fallas en el uso de estas tecnologías generan imprevistos y costos sociales, aumentando la sensación de ansiedad e incertidumbre.

Por lo tanto, se observa que la demora en la respuesta de agencias que brindan seguridad pública, junto a la falta de información en los sujetos, genera una escalada en los acontecimientos que conducen a los saqueos.

Estudios tales como el de Salgado et al. (2010) demuestran que, ante la ausencia de políticas externas, las catástrofes desencadenan una escalada de conductas desviadas. Por lo tanto, estos autores analizan el impacto de tres políticas que podrían ser implementadas en las agencias gubernamentales: un incremento en el poder y la presencia policial, un aumento en la información disponible hacia la población afectada, y por último, una combinación de ambas políticas.

Es en esta línea, y a partir de la revisión bibliográfica realizada acerca de los efectos de las catástrofes en las conductas de las personas, que se pretende contribuir al conocimiento de dichas conductas a fin de promover políticas públicas que busquen, por un lado, valorar, fomentar y multiplicar las conductas colectivas proactivas y, por otro lado, prevenir y rechazar las conductas antisociales y situaciones de inseguridad generadas a partir de los hechos, las cuales agravan el suceso negativo el cual, de por sí, ya genera consecuencias destructivas y/o traumáticas.

4. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABBOTT, P. (2004): *Natural disasters*. McGrawHill, New York.
- ALEXANDER, D. (1993): *Natural disasters*, Kluwer Academic Publishers, London.
- ANINAT, I., URRUTIA, I. y VILLALOBOS, N. (2011): *Concepción, un caso atípico: Saqueos en el contexto de un desastre natural*, Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Sociología, Chile.
- BARSKY, L., TRAINER, J. y TORRES, M. (2006): *Disaster realities in the aftermath of Hurricane Katrina: Revisiting the looting myth*. University of Delaware Disaster Research Center, Delaware.
- BAUM, A., y FLEMING, I. (1993): *Implications of psychological research on stress and technological accidents*, *American Psychologist*, 48(6), 665-672. doi:10.1037/0003-066X.48.6.665
- BENYAKAR, M. (2003): *La disruptivo: Amenazas individuales y colectivas. El psiquismo ante guerras, terrorismos y catástrofes sociales*. Buenos Aires, Biblos.
- BERGER, D. (2009): *Constructing crime, framing disaster: Routines of criminalization and crisis in Hurricane Katrina*, *Punishment and Society*, 11(4), 491-510. Doi: 10.1177/1462474509341139
- BM (2016): *Gestión del riesgo de desastres: Panorama general*. Extraído de: <http://www.bancomundial.org/es/topic/disasterriskmanagement/overview>
- BM y NU (2010). *Peligros naturales, desastres evitables. La economía de la prevención efectiva*, The United Nations, The World Bank, España.
- BONANNO, G. (2004): *Loss, trauma and human resilience: Have we underestimated the human capacity to thrive after extremely aversive events?* *American Psychologist*, 59, 20-28.

- BROWN, P., y MIKKELSEN, E.J. (1997): No safe place: Toxic waste, leukemia, and community action. University of California Press, USA.
- BROWN, R.C., WITT, A., FEGERT, J.M., KELLER, F., RASSENHOFER, M., y PLENER, P.L. (2017): Psychosocial interventions for children and adolescents after man-made and natural disasters: a meta-analysis and systematic review. *Psychological Medicine*, 47, 1893-1905. Doi: 10.1017/S0033291717000496
- CALHOUN, L. G., y TEDESCHI, R. G. (2006): The foundations of posttraumatic growth: An expanded framework. En L. G. Calhoun y R. G. Tedeschi (Eds.), *Handbook of posttraumatic growth: Research and practice*, Lawrence Erlbaum, Mahwah, NJ, pp. 3-23.
- CLARKE, L., y SHORT, J.F. (1993): Social organization and risk: Some current controversies, *Annual Review of Sociology*, 19, 375-399. Doi: 10.1146/annurev.so.19.080193.002111
- CRED, UNISDR & UCL. (2017): Natural Disasters 2017. Lower mortality, higher cost. Centre for Research on the Epidemiology of Disasters (CRED), School of Public Health, Catholic University of Louvain Brussels, Belgium (UCL) y United Nations International Strategy for Disaster Reduction (UN/ISDR). Disponible en: <https://cred.be/sites/default/files/CredCrunch50.pdf>
- COVA, F., Y RINCÓN, P. (2010): El terremoto y tsunami del 27-f y sus efectos en la salud mental, *Terapia Psicológica*, 28, 179-185.
- CURTIS, A., y MILLS, J. (2011): Crime in urban post-disaster environments: A methodological framework from New Orleans, *Urban Geography*, 32(4), 488-510. Doi: 10.2747/0272-3638.32.4.488
- CUTHBERTSON, B. H., y NIGG, J. M. (1987): Technological disaster and the nontherapeutic community: A question of true victimization, *Environment and Behavior*, 19(4), 462-483. Doi: 10.1177/0013916587194004
- DAI, W., KAMINGA, A.C., TAN, H., WANG, J., LAI, Z., WU, X., y LIU, A. (2017): Long-term psychological outcomes of flood survivors of hard-hit areas of the 1998 Dongting Lake flood in China: Prevalence and risk factors. *PLoS ONE*, 12(2): e0171557. Doi: 10.1371/journal.pone.0171557
- DRURY, J. (2012): Collective resilience in mass emergencies and disasters: A social identity model. En J. JETTEN, C. HASLAM, y S. A. HASLAM (Eds.), *The social cure: Identity, health and well-being*, Psychology Press, Hove, UK, pp195-215.
- DRURY, J., COCKING, C., y REICHER, S. (2009): The nature of collective 'resilience': Survivor reactions to the July 7th (2005) London bombings, *International Journal of Mass Emergencies and Disasters*, 27(1) 66-95.

- DRURY, J., NOVELLI, D., y STOTT, C. (2013): Psychological disaster myths in the perception and management of mass emergencies, *Journal of Applied Social Psychology*, 43(11), 2259-2270. Doi: 10.1111/jasp.12176
- DYNES, R.R. (1974): *Organized behavior in disaster*, Disaster Research Center, University of Delaware, Newark, DE.
- DYNES, R.R. (1993): Disaster reduction: The importance of adequate assumptions about social organization, *Sociological Spectrum* 13(1), 175-192. Doi: 10.1080/02732173.1993.9982022
- DYNES, R.R. (1998): Coming to terms with community disaster. En E. L. QUARANTELLI (Ed.), *What Is a Disaster? Perspectives on the question*, Routledge, London, pp109-26.
- DYNES, R.R. y QUARANTELLI, E. L. (1968): What looting in civil disturbances really means, *Transaction*, 5(6), 9-14.
- EDELSTEIN, M.R. (2004): *Contaminated communities: Coping with residential toxic exposure*. Westview Press, USA.
- ERIKSON, K. (1994): *A new species of trouble: Explorations in disasters, trauma, and community*. W.W. Norton & Co, New York.
- FIGUEROA, R.A., MARÍN, H., Y GONZÁLEZ, M. (2010): Apoyo psicológico en desastres: Propuesta de un modelo de atención basado en revisiones sistemáticas y metaanálisis, *Revista Médica de Chile*, 138(2), 143-151. Doi: 10.4067/S0034-98872010000200001
- FERNÁNDEZ, I., MARTÍN-BERISTAIN, C., Y PÁEZ, D. (1999): Emociones y conductas colectivas en catástrofes: ansiedad y rumor, miedo y conductas de pánico. En J. APALATEGUI (Ed.), *La anticipación de la sociedad, psicología social de los movimientos sociales*, Promolibro, Valencia.
- FRAILING, K. (2007): The myth of a disaster myth: potential looting should be part of disaster plans, *Natural Hazards Observer*, 31(4), 3-4.
- FRAILING, K., HARPER, D.W. JR., y SERPAS, R. (2015): Changes and challenges in crime and criminal justice after disaster, *American Behavioral Scientist*, 59(10), 1278-1291. Doi: 10.1177/0002764215591184
- FREUDENBURG, W.R. (1993): Risk and recreancy: Weber, the division of labor, and the rationality of risk perceptions, *Social Forces*, 71(4), 909-932.
- FREUDENBURG, W.R. (1997): Contamination, corrosion and the social order: An overview, *Current Sociology*, 45(3), 19-39. Doi: 10.1177/001139297045003002
- FREUDENBURG, W.R., y JONES, T.R. (1991): Attitudes and stress in the presence of technological risk: A test of the Supreme Court hypothesis, *Social Forces*, 69(4), 1143-1168.
- FRITZ, C.E. (1996): *Disasters and mental health*. University of Delaware: Disaster ResearchCenter.

- GARCÍA, F. E., COVA, F., y MELIPILLÁN, R. (2013): Propiedades psicométricas del Inventario de Crecimiento Postraumático en población chilena afectada por un desastre natural, *Revista Mexicana de Psicología*, 30(2), 143–151.
- GARCÍA, F., COVA, F. VÁZQUEZ, C., RINCÓN, P. y PÁEZ, D. (2016): Severidad subjetiva del trauma, afrontamiento y crecimiento postraumático: Rol mediador de la rumiación deliberada en personas que perdieron su hogar por un terremoto, *Psicothema*, 28(1), 59-65. Doi: 10.7334/psicothema2015.100
- GARCÍA, F. E., JARAMILLO, C., MARTÍNEZ, A. M., VALENZUELA, I., y COVA, F. (2014): Respuestas psicológicas ante un desastre natural: Estrés y crecimiento postraumático, *Liberabit*, 20, 121–130.
- GARCÍA, F., PÁEZ, D., CARTES, G., NEIRA, H., y REYES, A. (2014): Religious coping, social support and subjective severity as predictors of posttraumatic growth in people affected by the earthquake in Chile on 27/F 2010, *Religions*, 5, 1132-1145. doi:10.3390/rel5041132
- GARCÍA, F., REYES, A. y COVA, F. (2014): Severidad del trauma, optimismo, crecimiento postraumático y bienestar en sobrevivientes de un desastre natural, *Universitas Psychologica*, 13, 575–84.
- GARCÍA, F. y WLODARCZYK, A. (2016): Psychometric properties of the Post-traumatic Growth Inventory - Short Form among Chilean adults, *Journal of Loss and Trauma: International Perspectives on Stress & Coping*. doi:10.1080/15325024.2015.1108788
- GRAY, J., y WILSON, E. (1984): Looting in disaster: A general profile of victimization, *Disaster Research Center the Ohio State University*, 71, 1-13.
- GOLDSTEEN, R., y SCHORR, J.K. (1982): The long-term impact of man-made disaster: An examination of a small town in the aftermath of a Three Mile Island nuclear reactor accident, *Disasters*, 6(1), 50-59. Doi: 10.1111/j.1467-7717.1982.tb00744.x.
- HELGELSON, V., REYNOLDS, K. A. Y TOMICH, P. L. (2006): A meta-analytic review of benefit finding and growth, *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 74, 797-806. Doi: 10.1037/0022-006X.74.5.797
- HUGELIUS, K. (2017): Disaster response for recovery: Survivors' experiences, and the use of disaster radio to promote health after natural disasters. Sweden, Örebro University.
- IFRC-RCS. (2018): World Disasters Report 2018. Leaving no one behind. International Federation of Red Cross and Red Crescent Societies, Switzerland.
- KNEZ, I., BUTLER, A., SANG, Å.O., ÅNGMAND, E., SARLÖV-HERLIN, I., y ÅKERSKOG, A. (2018): Before and after a natural disaster: Disruption in emotion component of place-identity and wellbeing. *Journal of Environmental Psychology*, 55, 11-17. Doi: 10.1016/j.jenvp.2017.11.002

- KREPS, G.A. (1985): Disasters and the Social Order, *Sociological Theory*, 3, 49-65.
- KREPS, G.A. (1989): *Social Structure and Disaster*, University of Delaware and Associated University Press, Newark, Tronto& London.
- KREPS, G.A. (1998): Disaster as systemic event and social catalyst. En E.L. QUARANTELLI (Ed.). *What Is a Disaster? Perspectives on the question*, Routledg, London, New York, pp. 31-55.
- KREPS, G. A., y THOMAS E. D. (1996): Disasters as nonroutine social problems, *International Journal of Mass Emergencies and Disasters* 14, 129-53.
- KROLL-SMITH, S. S., y COUCH, S. R. (1993a): Symbols, ecology and contamination: case studies in the ecological-symbolic approach to disaster. *Research in Social Problems and Public Policy*, 5, 47-73.
- KROLL-SMITH, S. S., y COUCH, S. R. (1993b): Technological hazards: Social responses as traumatic stressors. En J. P. WILSON y B. RAPHAEL (Eds.), *International Handbook of Traumatic Stress Syndromes*, Plenum, New York, pp. 79-91.
- LAING, A. (2010): Chile earthquake: Troops struggling to keep control. Extraído de: <http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/southamerica/chile/7352097/Chile-earthquake-troops-struggling-to-keep-control.html>
- LEMIEUX, F. (2014): The impact of a natural disaster on altruistic behaviour and crime, *Disasters*, 38(3), 483-499. Doi: 10.1111/disa.12057
- MARSHALL, B. (1995): *Vulnerability, environmental degradation and confidence in local government* (Master's thesis), Department of Political Science, University of New Orleans.
- MARSHALL, B. K., PICOU, J. S, y GILL, D. A. (2003): Terrorism as disaster: Selected commonalities and long-term recovery for 9/11 survivors, *Research in Social Problems and Public Policy*, 11, 73-96.
- MARSHALL, B. K., PICOU, J. S., y SCHLICHTMANN, J. (2004): Technological disasters, litigation stress and the use of alternative dispute resolution mechanisms, *Law & Policy*, 26(2), 289-307.
- NALIPAY, M.J, BERNARDO, A.B., Y MORDENO, I.G. (2017): Posttraumatic growth in survivors of a natural disaster: the role of social axioms of religiosity, reward for application, and social cynicism. *The Journal of Positive Psychology*, 12(4), 342-353. Doi: 10.1080/17439760.2016.1187199
- NOBO, C.C., y PFEFFER, R.D. (2012): Natural disasters and crime: Criminological lessons from Hurricane Katrina. En R. WHITE. (Ed.), *Climate Change from a Criminological Perspective*, Springer, New York, pp. 173-183.
- NOGAMI, T. (2015): The myth of increased crime in Japan: A false perception of crime frequency in post-disaster situations, *International Journal of Disaster Risk Reduction*, 13, 301-306. Doi: 10.1016/j.ijdr.2015.07.007

- NORRIS, F.H., WEISSHAAR, D.L., CONRAD, M.L., DÍAZ, E.M., MURPHY, A.D., y IBÁÑEZ, G.E. (2001): A qualitative analysis of posttraumatic stress among Mexican victims of disaster, *Journal of Traumatic Stress*, 14(4), 741-756. Doi: 10.1023/A:1013042222084
- OLIVER-SMITH, A. (1996): Anthropological research on hazards and disasters, *Annual Review of Anthropology*, 25, 303-328. Doi: 10.1146/annurev.anthro.25.1.303
- PÁEZ, D., BASABE, N., UBILLOS, S., GONZÁLEZ-CASTRO, J.L. (2007): Social sharing, participation in demonstrations, emotional climate, and coping with collective violence after the march 11th Madrid bombings, *Journal of Social Issues*, 63(2), 323-337. Doi: 10.1111/j.1540-4560.2007.00511.x
- PAEZ, D., MARTINEZ-SANCHEZ, F., Y RIME, B. (2004). Los efectos del compartimiento social de las emociones sobre el trauma del 11 de Marzo en personas no afectadas directamente, *Ansiedad y Estrés*, 10, 219-232.
- PÁEZ, D., VÁZQUEZ, C. Y ECHEBURÚA, E. (2013): Trauma social, afrontamiento comunitario y crecimiento postraumático colectivo. En M.J. CARRASCO y B. CHARRO (Eds.), *Crisis, vulnerabilidad y superación*, Universidad de Comillas, Madrid, pp. 15-50.
- PAJKUMAR, A. P., PREMKUMAR, T. S., y THARYAN, P. (2008): Coping with the Asian tsunami: Perspectives from Tamil Nadu, India on the determinants of resilience in the face of adversity, *Social Science & Medicine*, 67, 844-853. Doi: 0.1016/j.socscimed.2008.05.014
- PÉREZ-SALES, P., EIROA-OROSA, F., OLIVOS, P., BARBERO-VAL, E., FERNÁNDEZ-LIRA, A., y VERGARA, M. (2012): Vivo Questionnaire: A measure of human worldviews and identity in trauma, crisis, and loss—validation and preliminary findings, *Journal of Loss and Trauma*, 17, 236–259. Doi: 10.1080/15325024.2011.616828
- PICOU, J.S. (1996): Toxins in the environment, damage to the community: sociology and the toxic tort. En P. JENKINS y S. KROLL-SMITH. (Eds.), *Witnessing for sociology: Sociologists in court*, Greenwood, Westport, pp. 210-23.
- PICOU, J.S., y GILL, D.A. (2000): The Exxon Valdez disaster as localized environmental catastrophe: dissimilarities to risk society theory. En M. J. COHEN. (Ed.), *Risk in the modern age: Social theory, science, and environmental decision-making*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, pp. 143-70.
- PICOU, J.S., y ROSEBROOK, D.R. (1993): Technological accident, community class action litigation and scientific damage assessment: a case study of court-ordered research, *Sociological Spectrum*, 13, 117-38.
- PISARENKO, N. (2010, 9 de marzo): Policía chilena ha recuperado US\$ 3 millones en productos saqueados. *La Prensa*. Extraído de <http://www.laprensa.com>.

- ni/2010/03/09/internacionales/18561-policia-chilena-ha-recuperado-us-3-millones-en-productos-saqueados
- POPP, A. (2006): The effects of natural disasters on long run growth, *Major Themes in Economics*, 8, 61-82.
- PRATI, G. y PIETRANTONI, L. C. (2009): Optimism, social support, and coping strategies as factors contributing to posttraumatic growth: a meta-analysis, *Journal of Loss and Trauma*, 14, 364-388. Doi: 10.1080/15325020902724271
- PRELOG, A. J. (2015): Modeling the relationship between natural disasters and crime in the United States, *Natural Hazards Review*, 17(1), 04015011. Doi: 10.1061/(ASCE)NH.1527-6996.0000190
- QUAN, L., ZHEN, R., YAO, B., y ZHOU, X. (2017): Traumatic exposure and posttraumatic stress disorder among flood victims: Testing a multiple mediating mode. *Journal of Health Psychology*, 1-15. Doi: 10.1177/1359105317707568
- QUARANTELLI, E. L. y DYNES, R. R. (1985): Community response to disasters. En B. SOWDER (Ed.), *Disasters and mental health selected contemporary perspectives*, Government Printing Office, Washington, D.C., pp. 158-168.
- QUARANTELLI, E. L. (1992): Urban vulnerability and technological hazards in developing societies. En A. KREIMER, y M. MUNASINGHE. (Eds.), *Environmental management and urban vulnerability*, Washington, D.C., The World Bank, pp. 187-236.
- QUARANTELLI, E. L. (1994): Looting and anti-social behavior in disasters. Extraído de <http://udspace.udel.edu/handle/19716/590>
- QUARANTELLI, E. L. (1998): *What is a Disaster? Perspectives on the Question*, Routledge, Oxon, England.
- QUARANTELLI, E. L. (2007): Looting after a disaster: a myth or reality? *Natural Hazards Observer*, 31(4), 1-3.
- QUARANTELLI, E.L. y DYNES, R.R. (1985): Community response to disasters. En B. Sowder (Ed.), *Disasters and mental health selected contemporary perspectives*, Government Printing Office, Washington, D.C., pp. 158-168.
- RIMÉ, B. (2012): *El comportamiento social de las emociones*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- SALGADO, M., MARCHIONE, E., y GILL, A. (2010, septiembre): The calm after the storm? Looting in the context of disasters, Trabajo presentado en 3rd World Congress on Social Simulation, Kassel, Alemania.
- SEYMOUR, R. (2013): The real story of looting after a disaster like typhoon Haiyan. *The Guardian*. Extraído de <http://www.theguardian.com/commentis-free/2013/nov/15/looting-typhoon-haiyan-philippines-new-orleans-haiti>
- SCHWARTZ, R.M., GILLEZEAU, C.N., LIU, B., LIEBERMAN-CRIBBIN, W., y TAIOLI, E. (2017): Longitudinal Impact of Hurricane Sandy Exposure on

- Mental Health Symptoms. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 14(9), 957-969. Doi: 10.3390/ijerph14090957.
- TEDESCHI, R.G., y CALHOUN, L. G. (2004): Posttraumatic growth: Conceptual foundations and empirical evidence, *Psychological Inquiry*, 15, 1-18. Doi: 10.1207/s15327965pli1501_01
- UNISDR. (2012): UNISDR Counts the Cost of 20 years of inaction on climate change and risk reduction. News Archive, Extraído de: <https://www.unisdr.org/archive/27162>
- VÁZQUEZ, C., CRESPO, M. Y RING, J. (2000): Estrategias de afrontamiento. En A. BULBENA, G. BERRIOS Y P. FERNÁNDEZ DE LARRINOVA (Eds), *Medición clínica en Psiquiatría y Psicología*, Masson, Barcelona, pp. 425-446.
- VÁZQUEZ, C. y PÁEZ, D. (2011): Posttraumatic growth in Spain. En T. WEISS Y R. BERGER (Eds.), *Posttraumatic growth and culturally competent practice*, Wiley & Sons, New York, pp. 97-112.
- VILLAGRAN, L., REYES, C., y WLODARCZYK, A. y PAEZ, D. (2014): Coping community, collective posttraumatic growth and social well-being in context february 27 earthquake in Chile, 2010, *Terapiapsicológica*, 32(3), 243-254. Doi: 10.4067/S0718-48082014000300007
- WALTER, J. (Ed.) (2002): *World disasters report. Focus on reducing risk*, International Federation of Red Cross and Red Crescent Societies, Switzerland.
- WELTER, K. (2012, 5 de noviembre). The myth of disaster looting, Next City. Extraído de <http://nextcity.org/daily/entry/the-myth-of-disaster-looting>.
- WLODARCZYK, A., BASABE, N., PÁEZ, D., AMUTIO, A., GARCÍA, F. VILLAGRÁN, L., y REYES, C. (2016): Communal coping, participation in collective gatherings and rituals, posttraumatic growth and social well-being in the aftermath of a collective trauma: the case of 2010 Chilean earthquake, *European Journal of Education and Psychology*, 9(1), 9-19. Doi: 10.1016/j.ejeps.2015.08.001
- WLODARCZYK, A., BASABE, N., PÁEZ, D., REYES, C., VILLAGRAN, L., MADARIAGA, C., PALACIO, J. y MARTÍNEZ, F. (2016): Communal coping and posttraumatic growth in a context of natural disasters in Spain, Chile and Colombia, *Cross-Cultural Research*, 50(4). Doi: 10.1177/1069397116663857

La tierra se mueve, y sus habitantes con ella. Las nuevas tecnologías nos han vuelto testigos en primera fila de catástrofes naturales colosales en lo que llevamos de siglo, cuyo impacto ha quedado grabado entre los peores records mundiales. El terremoto de Indonesia en 2004, el segundo más fuerte del mundo desde que existen registros, que provocó un tsunami con olas de hasta 30 metros; el terremoto de Chile en 2010, que desplazó el eje de la tierra acortando el día en 1,26 microsegundos; el tsunami que en 2012 devastó Fukushima, provocando uno de los desastres tecnológicos más impactantes de la historia; solo por mencionar algunos casos, que hoy se ven incrementados por riesgos de incendios e inundaciones debido al cambio climático.

Esta es una obra que aporta contenidos y teorías para el análisis de las situaciones de catástrofe desde el punto de vista psicosocial, pero también recoge las experiencias de primera mano de los supervivientes. Nos plantea un intenso viaje por los entresijos de catástrofes de la naturaleza de gran intensidad, como terremotos e inundaciones. Participan 30 autores de 8 países, europeos y latinoamericanos, psiquiatras y psicólogos, investigadores y profesionales aplicados de los sistemas de salud y comunitarios, que a lo largo de nueve capítulos de investigación sobre casos reales nos sitúan tras la primera línea de impacto e intervención.

Es un libro para estudiantes que se inician en la formación psicosocial, profesores que enseñan las claves teóricas y conceptuales de la intervención en crisis basados en datos empíricos, profesionales de la intervención que buscan reflejos de su experiencia en otros casos, y también para el lector habitual que busca respuestas ante la incertidumbre en que nos sume la naturaleza.

